

La primera *laus urbs* occidental en América: la descripción de la ciudad de México-Tenochtitlan de Hernán Cortés

VÍCTOR MANUEL SANCHIS AMAT
Universidad de Alicante

Fecha de recepción: 17 de julio de 2014

Fecha de aceptación: 6 de agosto de 2014

Fecha de publicación: 1 de septiembre de 2014

Revista Historia Autónoma, 5 (2014), pp. 43-50. e-ISSN:2254-8726

Resumen: La descripción de la ciudad de Tenochtitlán que relata Cortés en su Segunda relación se define como una narración que inaugura en territorio americano la tradición europea de las *laudes civitatis*, convirtiéndose así en un referente ineludible para la posterior representación del tópico literario de la ciudad de México como protagonista del discurso histórico-literario. El fragmento de la descripción de la ciudad de Tenochtitlán ofrece una serie de referentes que inventan el tópico de lo maravilloso y de la América abundante, así como una visión estratégica, que definen al relato cortesiano como la primera *laus urbs* occidental en América.

Palabras Clave: Hernán Cortés, descripción de Tenochtitlán, alabanza de ciudades.

Abstract: The description made by Hernán Cortés about Tenochtitlán is considered as the narration that starts the European tradition of *laudes civitatis* in America; thus becoming an essential reference for subsequent representations of the literary topic of Mexico City as a protagonist of the historical-literary discourse. The fragment of the description of the city of Tenochtitlán provides many references that served as sources for the invention of the topic of the magic America and the image of New World as a land of abundance. It also offered a strategic vision that defined the story of Cortés as the first Western *laus urbs* in America.

Keywords: Hernán Cortés, description of Tenochtitlán, *laus urbs*.

Era noviembre de 1519 cuando casi medio millar de expedicionarios españoles, capitaneados por Hernán Cortés y acompañados por cientos de guerreros indígenas que habían ido arrastrando desde la arribada a Yucatán, llegaron a las puertas de la gran ciudad de Tenochtitlán, núcleo principal de poder del pueblo mexicana, en uno de los episodios más destacados tras el descubrimiento del continente americano del encuentro entre dos mundos.

Por su desarrollo político, económico, militar, social y cultural, el imperio mexicana dominaba buena parte del territorio mesoamericano a través de un señorío gobernado por el *tlatoani* Moctezuma y cuyo centro de poder radicaba en un gran asentamiento en las inmediaciones del lago de Texcoco. La grandiosidad y la maravilla de la ciudad descubierta, ese reino del Gran Kahn que buscó Cristóbal Colón con obsesiva insistencia, ofrece uno de los relatos esenciales del proceso de descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo.

En las siguientes líneas presentamos un análisis de uno de los fragmentos principales del primer encuentro de los españoles con la capital del imperio de Moctezuma a partir de las palabras de Hernán Cortés en un conocido pasaje de su *Segunda carta de relación*¹.

La descripción de la ciudad de Tenochtitlán que traza Hernán Cortés inaugura en América la tradición literaria occidental de la descripción y alabanza de ciudades, recuperada durante los siglos del humanismo, esbozando la configuración literaria de un tópico de largo recorrido en la historia y la literatura mexicana.

Frente a la configuración literaria de las grandes *laudes civitatis* italianas, como la *Laudatio florentinae urbis* de Leonardo Bruni, cuyo objetivo principal fue proyectar la imagen de la ciudad hacia un espacio mítico, fruto del descubrimiento de la tradición grecolatina, las Crónicas de Indias, o al menos aquellas redactadas con cierta inmediatez por los protagonistas, se construyen con las herramientas narrativas de un historiador, muchas veces improvisado, que trata de dar cuenta de unos hechos y de una realidad nueva. Aunque los cronistas utilizaron necesariamente estrategias retóricas que formaban parte también de la historiografía de la época, el objetivo de estos textos fue ofrecer un relato verdadero que prefigura las representaciones literarias posteriores, aunque en algunos casos, como en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, destaquen por la decisiva configuración de los hitos principales de una narración en la que la construcción de la imagen de la ciudad descubierta y colonizada tiene un papel fundamental

Pese a la indudable marca de inmediatez que caracteriza la escritura de las relaciones cortesianas, redactadas durante el mismo proceso de conquista y dirigidas a la corona para dar cuenta de los resultados de las nuevas exploraciones en el continente y justificar la desobediencia con Diego Velázquez², parece que Cortés manejaba ciertas nociones de la retórica epistolar y

¹ Partimos de la edición de Ángel Delgado, en Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, Madrid, Castalia, 1993, pp. 232-248.

² Mignolo, Walter, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Íñigo Madrigal. Luis (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 66.

legal, debido quizá a sus años de trabajo como asistente de escribano durante su juventud en Valladolid, que le permiten cohesionar la estructura de su relato³.

El proceso de escritura de las *Cartas de relación* está marcado, así, por dos circunstancias decisivas que van a obligar a Cortés a recurrir a una serie de estrategias narrativas que acercan sus textos al ámbito de lo literario⁴. La ficcionalización del relato cortesiano se articula, en primer lugar, a partir del hecho de que el todavía capitán de la expedición española partiera de la isla de Cuba desobedeciendo las órdenes de Diego Velázquez, gobernador de la isla, por lo que Cortés debía justificar ante la corona su empresa y sus decisiones. Por otro lado, igual que ocurre con los documentos colombinos, Cortés se enfrenta en sus relaciones a una realidad “sin nombre todavía”, la de un continente desconocido e inexplorado en la que inevitablemente proyecta sus referentes culturales, iniciando el proceso que Edmundo O’Gorman titulara “la invención de América”⁵.

La descripción de la ciudad de Tenochtitlán de Hernán Cortés inaugura un tópico de extraordinario desarrollo en la literatura mexicana, que recorre desde las obras de los cronistas de Indias hasta la mejor narrativa mexicana del siglo XX⁶. Nuestro objetivo, entonces, es analizar la estructura y los tópicos más importantes de esa primera configuración literaria occidental de la ciudad de México.

La descripción de la capital del señorío mexica que ofrece Cortés se plantea en su conjunto a partir de dos ideas generales que van a estructurar el relato y que se van a convertir en dos referentes ineludibles a la hora de configurar el topos literario de la ciudad de México: la asimilación de lo maravilloso y la definición de América como territorio de la abundancia.

Por un lado, aunque desde un punto de vista más pragmático y menos mítico que el de los *Diarios* de Cristóbal Colón, Hernán Cortés desarrolla en algunos lugares de su escritura, como en esta descripción de la ciudad, el discurso de América como tierra de las maravillas que inauguraran los primeros cronistas de Indias. De las palabras de Cortés se proyecta una ciudad de Tenochtitlán que recuerda en cierta manera a las ensoñaciones colombinas de reinos asiáticos bordados de oro y especias, aunque en este caso con un referente real, no literario. Así, la ciudad de México se describe desde la óptica europea como un reino fabuloso, difícil de

³ La influencia de la retórica en las cartas de Cortés es la tesis de la que parte Zambrana, Alberto, “La retórica de las ciudades: descripción del paisaje urbano en la *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés”, en *Hipertexto*, 6 (2007), pp. 69-78.

⁴ Pastor, Beatriz, “Hernán Cortés, la ficcionalización de la conquista y la creación del modelo de conquistador”, en Ídem, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Santiago, Casa de las Américas, 1983, pp. 113-223.

⁵ Los argumentos principales del artículo parten de los trabajos de Aracil, Beatriz, “Hernán Cortés en sus cartas de relación la configuración literaria del héroe”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 52, 2 (2009), p. 749; Ídem, “Hernán Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe”, en *Atenea*, 499 (2009), pp. 61-76; y O’Gorman, Edmundo, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958. Sobre la configuración fabulosa de la imagen de América es esencial también el estudio de Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid, Alianza editorial, 1989.

⁶ Desde Cervantes de Salazar en *México en 1554* o Bernardo de Balbuena en la *Grandeza Mexicana*, hasta los contemporáneos Salvador Novo, Homero Aridjis o Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes*, la ciudad de México sigue funcionando como centro indiscutible del relato histórico-literario.

entender para los nuevos observadores. Conocidísimas son las palabras de un admirado soldado del grupo de españoles, otro de los principales cronistas de este episodio, cuando disipada la niebla al atravesar los volcanes asisten a uno de los momentos más espectaculares de la historia de la humanidad al descubrir una ciudad en la laguna “que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís”⁷.

En la misma línea, Hernán Cortés avisaba al lector antes de pasar a describir la ciudad descubierta:

“no podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender”⁸.

La descripción de la ciudad, parte, pues, de una idea de admiración ante un nuevo mundo, desconocido hasta entonces para el ojo europeo, que va a obligar al que lo describe a proyectar su imaginario cultural ante la nueva realidad y a utilizar estrategias narrativas que serán recurrentes en los primeros textos americanos, como la comparación o la hipérbole.

Si atendemos al texto, observamos como Cortés, ante la imposibilidad de describir esa ciudad maravillosa, proyecta en el relato de su descripción referentes para él conocidos. Es difícil distinguir de la larga enumeración de los productos del mercado de la ciudad de Tenochtitlán cuáles eran efectivamente autóctonos y cuáles no, pero sí es cierto que Cortés necesita proyectar los referentes compartidos con el lector, de ahí la sensación de estar ante un mercado europeo, en el que el oro, la plata, el cobre, el estaño, las gallinas, las palomas, el carbón, las cerezas, la miel, las cebollas, los ajos y demás productos, incluso el vino y las “tortillas con huevos fechas”⁹ son tan solo las ideaciones de unas realidades, en este caso los productos del mercado, que como el propio Cortés comenta, “aun por no saber los nombres no las expreso”¹⁰. Lo mismo ocurre en el ámbito de lo religioso, cuando Cortés expone primero la idea de “mesquita”¹¹ y más tarde, en las apreciaciones sobre la cultura autóctona, habla de la “abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros”, propio de otras religiones conocidas, o del politeísmo mexicana: “A cada cosa tienen su ídolo dedicado al uso de los gentiles que antiguamente honraban sus dioses”¹².

⁷ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1960, p. 159.

⁸ Cortés, Hernán, *Cartas de relación... op. cit.*, p. 232

⁹ *Ibidem*, pp. 234-235.

¹⁰ *Ibidem*, p. 236.

¹¹ *Ibidem*, p. 237.

¹² *Ibidem*, p. 240.

La estrategia narrativa más habitual para explicar los referentes de esta realidad maravillosa en las *Cartas de relación* es sin duda la comparación. El recurso es utilizado de manera reiterada para describir las diferentes partes de la ciudad, sobre todo aquellas que más le interesa destacar a su destinatario principal, Carlos V. En este sentido, compara la ciudad de Tenochtitlán con referentes conocidos: “Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba”¹³, la plaza del mercado “tan grande como dos veces la plaza de la cibdad de Salamanca”¹⁴ o el gran Templo Mayor, cuya torre principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla”¹⁵.

Por otro lado, el relato cortesiano se articula también a partir de la descripción de la ciudad de Tenochtitlán que reitera una definición que configura el tópico de América, y en este caso de la ciudad de México, como tierra de la abundancia¹⁶.

Los símbolos principales que definen la ciudad de Tenochtitlán como un lugar desmedido son, por una parte, el mercado, y por otro, la magnitud de los templos religiosos. El mercado de la plaza de Tlatelolco, donde coinciden “setenta mil ánimas comprando y vendiendo”¹⁷, se convierte en el paradigma del espectáculo de la naturaleza americana, que ofrece a sus habitantes un inmenso abanico de posibilidades tanto para el comercio como para la alimentación, ante la gran cantidad de animales (aves, peces), verduras, frutas, metales, pieles y demás productos que aparecen ante la vista, el olfato y el gusto de quienes pueblan la plaza:

“Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas las cosas cuantas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber sus nombres no las expreso”¹⁸

La grandiosidad de las construcciones mexicas impresiona también a los visitantes, admirados ante la magnitud del gran Templo Mayor del señorío de Moctezuma. La descripción de Cortés propone en su escritura la admiración ante la visión de un edificio grandilocuente, de nuevo a través de los recursos retóricos de la comparación y la hipérbole: “Y entre estas mezquitas hay una que es la principal que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidades della, porque es tan grande que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos”.

Además de estas dos ideas principales que estructuran el texto, el relato de Cortés fija su atención fundamentalmente en una serie de puntos estratégicos de la ciudad de Tenochtitlán que

¹³ *Ibidem*, pp. 233-234.

¹⁴ *Ibidem*, p. 234.

¹⁵ *Ibidem*, p. 238.

¹⁶ Las descripciones posteriores a Cortés más conocidas, las de Cervantes de Salazar y la de Bernardo de Balbuena, estructurarán sus relatos en torno a este tópico de la ciudad y la naturaleza que la rodea como tierra de la abundancia a partir de la proyección de tópicos como el del mito de la Arcadia.

¹⁷ Cortés, Hernán, *Cartas de relación... op. cit.*, p. 234.

¹⁸ *Ibidem*, p. 237.

se van a convertir en referentes para descripciones posteriores, y que estructuran la descripción de la ciudad atendiendo a las necesidades inmediatas del autor¹⁹.

Cortés plantea una descripción direccional, comenzando por la geografía en la que se enclava la ciudad, sus murallas y calzadas, para luego focalizar diferentes puntos estratégicos como el mercado, el lugar dedicado a la religión, las casas de los nobles o la distribución que el pueblo azteca hace del agua. No es probable que Cortés tuviera presente la preceptiva de los elogios a la ciudad que plantea ya Quintiliano, aunque la proliferación de las *laudes civitatis* durante el final de la Edad Media y el comienzo del Renacimiento, gracias al auge de las ideas humanistas en Europa, hacen plausible que estas nociones de época no fueran desconocidas para el capitán extremeño:

“Contribuye a la alabanza particular de los pueblos la situación y murallas, que los hacen fuertes; los ciudadanos, que les dan tanto lustre como los hijos a sus padres. También se alaban los edificios, en los que se atiende al decoro, utilidad, hermosura y al artífice. Al decoro, como en los templos; a la utilidad, como si son murallas; y en todos ellos a la hermosura y artífice. También alabamos a los lugares, como Cicerón alaba a Sicilia; en los que atendemos también a la hermosura y utilidad. A la hermosura, como si son llanos, costas de mar y amenos; y a la utilidad, si son saludables y abundantes en frutos. Los dichos y hechos buenos también se alaban en común; y, por último, cualquier cosa”²⁰

La descripción de Cortés comienza perfilando el asentamiento de la ciudad, en una provincia “cercada de muy altas y ásperas sierras”²¹ en el que aparece un llano donde “hay dos lagunas que casi lo ocupan todo porque tienen ambas en torno a más de cincuenta leguas, y la una destas dos lagunas es de agua dulce y la otra, que es mayor, es de agua salada”²². Las posteriores representaciones del perfil geográfico sobre el que se asentaba la gran Tenochtitlan recuperarán como elementos significativos esas sierras y el llano con las lagunas que describe el conquistador. Además de algunas obras de los muralistas mexicanos, es conocido por ejemplo el poema de Homero Aridjis en el que contrapone la ciudad azteca y la ciudad de México del siglo XX: “En un valle rodeado de montañas / había un lago, y en medio del lago una ciudad...”²³ y que recupera desde la modernidad los tópicos inaugurados por Cortés.

¹⁹ Sobre la articulación literaria de la ciudad en América Latina son fundamentales los trabajos de Rovira, José Carlos, *Ciudad y literatura en América Latina*, Madrid, Síntesis, 2002; y Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas; espacio geográfico, espacio imaginario. El descubrimiento del Nuevo Mundo en las culturas española e italiana*, México, Siglo XXI, 2001.

²⁰ Quintiliano, *Institutio Oratoria*, Libro III, IV.

²¹ Cortés, Hernán, *Cartas de relación... op. cit.*, p. 233.

²² *Ibidem*, p. 233.

²³ Aridjis, Homero, “Poema de amor en la ciudad de México”, en Ídem, *Ojos de otro mirar. Poesía 1960-2001*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 570.

El relato continúa con la descripción de sus principales calzadas “muy anchas y muy derechas”²⁴ y puentes, esbozando una ciudad dividida entre calles y canales que bien le valdría la fama de la Venecia americana y que Francisco Cervantes de Salazar aprovecha en los diálogos de *México en 1554* para construir la visión de la ciudad del humanista²⁵.

Al observar la configuración de las calzadas y canales de la ciudad, Cortés rompe con el tono de admiración intransitiva y sumisión a la belleza que caracteriza al resto de la descripción de la ciudad de Tenochtitlán, y analiza sus elementos con la visión pragmática del estratega militar que sabe que en cualquier momento tendrá que guerrear con los naturales para conquistar la ciudad.

Cortés focaliza entonces aquellos aspectos esenciales que le interesan para su empresa. Así, la visión estratégica del capitán extremeño provoca una organización del relato que atiende a las tres grandes necesidades inmediatas de la expedición: el valor comercial de la ciudad en la descripción del mercado, la evangelización, a partir sobre todo de la relación de las definiciones religiosas del pueblo mexicana, y la colonización de la ciudad, con la focalización de la narración en las cualidades de las casas de los nobles mexicanos o las maneras de abastecimiento del agua.

En primer lugar, Cortés sitúa su atención en el movimiento comercial que se produce en la ciudad en torno a sus principales plazas. Escribía Neruda que le gustaba empezar a recorrer las ciudades por el mercado. Cortés, en este caso por el gran interés comercial de la nueva ciudad descubierta, comienza su descripción de la ciudad enumerando prolijamente la abundante cantidad de mercaderías que casi setenta mil personas compran y venden en las plazas de la gran Tenochtitlán.

Cortés describe a Carlos V el punto estratégico básico del comercio del pueblo mexicana, aspecto esencial para los intereses de los expedicionarios. El relato cortesiano, a partir de un sencillo estilo paralelístico y excesivamente anafórico (“Venden...”, “Hay...”) abunda en referentes conocidos para su destinatario, como joyas, aves exóticas, pescados, verduras, pieles o hierbas medicinales, que tratan de despertar el interés y convertirse en una llamada de atención a la corona sobre las riquezas de este fabuloso reino descubierto.

Maravillado por la “mesquita” principal, “que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidad della”²⁶, Cortés relaciona algunas de las peculiaridades de la práctica de la religión de la civilización mexicana (en las que resuenan los referentes europeos, como cuando se refiere a la “abstinencia en no comer ciertos manjares”²⁷), para presentarse ante el

²⁴ Cortés, Hernán, *Cartas de relación... op. cit.*, p. 234.

²⁵ Francisco Cervantes de Salazar redacta en sus diálogos escolares *México en 1554* una descripción literaria de la ciudad de México de los conquistadores. La intención de la obra del toledano supera la intención relatora de la descripción de Cortés, y como los textos de los principales humanistas, proyecta en la ciudad de México los tópicos de la mitológica grecolatina. Sanchis Amat, Víctor Manuel, “La ciudad del humanista: un testimonio de la ciudad de México alrededor de 1554”, en Ríos, Guadalupe (ed.), *Ficción y realidad en América Latina*, México, UAM-Azcapotzalco, 2012, pp. 115-126.

²⁶ Cortés, Hernán, *Cartas de relación... op. cit.*, p. 237.

²⁷ *Ibidem*, p. 238.

emperador como mediador de la fe cristiana, dando cuenta al pueblo azteca con la destrucción de sus ídolos y su sustitución por imágenes católicas de que “había un solo Dios universal señor de todos”. Debido al alto desarrollo religioso de la cultura a la que se enfrenta, Cortés plantea una visión evangelizadora que tendrá que partir de postulados más agresivos que los impuestos en otros territorios. Recurre por eso, como decíamos, a la fuerza, pero también a la descripción de las sangrientas prácticas de los autóctonos para demostrar a la corona lo apartados que están de la palabra de Dios y justificar así sus actuaciones.

El último punto estratégico del relato cortesiano es la descripción de las casas de los nobles aztecas: “Hay en esta grand civdad muchas casas muy buenas y muy grandes”, todas ellas definidas por “tener muy grandes y buenos aposentos”²⁸, mostrando al emperador que “en su servicio y trato de la gente della hay la manera de vivir que en España y con tanto concierto y orden como allá”²⁹. Es sintomática también la visión estratégica del conquistador cuando señala la manera en que las casas se abastecen de agua³⁰, en una referencia velada a las intenciones finales de Cortés: la de organizar el asentamiento colonizador que poblara la ciudad.

La descripción de la ciudad de Tenochtitlán que relata Cortés en la *Segunda carta de relación* constituye, por tanto, una narración que inaugura en territorio americano la tradición europea de las *laudes civitatis*, convirtiéndose en un referente ineludible para la posterior representación del tópico literario de la ciudad de México como protagonista del discurso histórico-literario. El conquistador de la Nueva España plantea en esta descripción, como hemos tratado de analizar, una serie de referentes y de ideas que inician la configuración del tópico. Cortés proyecta la imagen de la ciudad admirable por su maravillosa grandiosidad y, muy relacionada, la idea de la ciudad de México como tierra de la abundancia. Además, el relato se estructura en torno a la focalización de cuatro puntos clave que coinciden con los cuatro intereses estratégicos de la expedición española: la visión estratégico-militar en la mirada a la situación geográfica y descripción física de la ciudad, construida encima de una laguna, la visión comercial en la prolija enumeración de las mercaderías que se intercambiaban diariamente en la ciudad, el conflicto religioso ante una posible evangelización y la comodidad y asiento de las casas y su posible abastecimiento de agua para una más que probable colonización del territorio.

Hernán Cortés presenta a sus destinatarios una ciudad incomprensible ante sus ojos, y aún con la prudencia y el escepticismo propios de su relato, mediante hipérboles continuadas y referencias constantes muestra una inusitada admiración ante las maravillas que meses más tarde acabará por arrasar sin apenas dejar huella. La ciudad mexicana no resistió el asedio de los expedicionarios españoles, pero las palabras de los que allí estuvieron escriben su grandeza todavía después del paso de los siglos. Suele cumplirse la amenaza de Horacio en estas crónicas, *exegi monumentum aere perennius*, que construyeron un monumento más imperecedero que el bronce.

²⁸ *Ibidem*, p. 241.

²⁹ *Ibidem*, p. 242.

³⁰ *Ibidem*, pp. 241-242.